

la castidad. Por fin, dice estas hermosas palabras que contienen toda la santidad de una virgen cristiana: « Es necesario que una esposa de Jesucristo, semejante al arca de la alianza, esté siempre dorada por dentro y por fuera; ella debe ser la depositaria de la ley del Señor; y á la manera que el arca sólo contenía las tablas del Testamento, así ella debe echar de su espíritu la idea de todas las cosas exteriores y sensibles. Sobre esta apropiación, como sobre las alas de los querubines, el Señor viene á sentarse. »

SANTA PAULA.

No debemos buscar en otra parte más que en san Jerónimo lo que vamos á decir de la célebre santa Paula, ya que este gran doctor habla de ella no sólo como autor contemporáneo, sino también como testigo ocular; ya que era el depositario de sus sentimientos interiores y de las santas disposiciones de su alma; quien, en el elogio que de ella hace, toma dos veces á Jesucristo por testigo de que, bien lejos de darle alabanzas lisonjeras é interesadas, sólo hace justicia á su virtud, y que cuanto de la misma dice se queda muy por debajo de su mérito.

No había familia romana tan antigua y tan ilustre como la de esta santa dama. Su padre Rogato pasaba en la Grecia misma como descendiente del famoso Agamenón, quien sepultó á Troya bajo sus ruinas; y su madre Blesilia descendía de los Escipiones, de los Gracos y de Pablo Emilio; por esto se le dió el nombre de Paula. Nació el 5 de mayo del año 347, bajo el reinado de los hijos del gran Constantino. La nobleza de su estirpe venía sostenida por

inmensas riquezas; así hallaba reunidas en su casa las grandezas y la opulencia; lo que le hizo más recomendable fué su mérito personal; lo que hizo decir á San Jerónimo, que sin detenerse en estas cualidades exteriores, para alabarla dignamente no bastaba sacar del fondo de su propio corazón la materia de su elogio.

Estando en edad de presentarse al mundo, se casó con Toxocio, quien descendía de Eneas y de la familia de los Julios, y por esto llevaba también el nombre Julio, que igualmente se dió á su hija Eustoquia.

La conducta de santa Paula en su matrimonio no sólo edificó á su marido y á sus parientes, más aún á toda la ciudad de Roma. Tuvo cinco hijos, cuatro hembras y un varón, quien llevó el nombre de su padre. Las hijas fueron Blesilia, que murió cuando san Jerónimo estaba en Roma; Paulina, que casó con Pamaquio; Eustoquia, de la cual hablaremos en el capítulo siguiente, y Rufina, que aún muy joven fué arrebatada por una muerte precipitada.

Después de esta dichosa fecundidad con que Dios bendijo su matrimonio, quedó viuda hacia la edad de treinta y dos años. La pérdida de su marido la afligió de tal manera, que creyó morir por la violencia de su dolor; y san Jerónimo confiesa que aquello que podía ser loado en otras como una virtud, en esta santa no podía formar objeto de elogio, porque parece había en ello exceso, ya en esta ocasión ya también cuando perdió algunas de sus hijas. Pero en cuanto se afligía por la muerte de los suyos, en tanto se regocijaba cuando tenía noticia de sus progresos en las virtudes cristianas. Por otra parte, se puede decir que los sentimientos de dolor que sufría eran más naturales que voluntarios, pues además de recurrir á Dios para pedirle el espíritu de conformidad, producía actos de la misma con todo su corazón, á pesar de la sensibilidad de la ternura maternal. Bien pronto veremos las señales heróicas que

dió de su fidelidad en seguir los senderos de Dios con preferencia á todo cuanto la podía atraer sobre la tierra. Así san Jerónimo, que nos habla de la grandeza de su aflicción en la muerte de Toxocio, añade que al mismo tiempo se consagró al servicio de Jesucristo con tanto fervor, que parecía que había deseado la muerte de su esposo para servir á Dios con mayor libertad.

Como durante su matrimonio había cumplido todos los deberes de una dama cristiana, así después de la muerte de su marido practicó en una alta perfección las virtudes que san Pablo recomienda á las viudas. « Ella fué modelo de castidad para todas las damas romanas, entonces mismo que todavía estaba engolfada en el comercio del mundo, en el cual vivió siempre de una manera tan exacta y regular, que la maledicencia jamás pudo emprender el menor atentado contra su reputación. Poseía un fondo inagotable de bondad, y trataba á las gentes más plebeyas con una dulzura arrebatadora. ¿ Veía un pobre? ella le auxiliaba en su miseria. ¿ Se encontraba con un hombre rico? ella le exhortaba á hacer limosna. Tal era su conducta siendo casada.

Pero en su viudez, encontrándose más libre para disponer de sus grandes riquezas en favor de los afligidos, los repartía con una santa profusión, buscando, por decirlo así, empobrecerse ella misma y despojarse voluntariamente para socorrer á los miembros de Jesucristo. « ¿ Se ha muerto un pobre, exclamó san Jerónimo, por el cual no haya ella providenciado todo lo necesario para sepultarlo? ¿ Ha habido un enfermo á quien ella no haya socorrido en sus necesidades? Siempre ocupada en buscar y descubrir todos los pobres de la ciudad, se consideraba desdichada si otros más que ella los auxiliaban en sus enfermedades, ó los socorrían en sus miserias. »

Por fin, sus profusiones eran tan grandes, que este Santo creyó deberle hacer presente que él las consideraba excesi-

vas, y que san Pablo había dicho: *Yo no quiero decir que los otros sean auxiliados y que vosotros quedéis sobre cargados; sino que para quitar la desigualdad que hay entre vosotros, vuestra abundancia supla ahora su pobreza, á fin de que un día vuestra pobreza sea socorrida por su abundancia* (Cor, 3). « Pero, dice este santo Doctor, ella con una modestia admirable destruía en pocas palabras todas las razones que yo le alegaba, tomando á Dios por testigo de que ella sólo á él buscaba, y que hubiera deseado morir pidiendo limosna, y quedar reducida á una pobreza tan grande, que fuese obligada á pedir prestado hasta un paño para sepultarla.

« Por el ardor de la fe, añade este Santo, se levantaba por encima de todos los cuidados que inspira el interés. Ella se unía al Salvador con todo su corazón, siguiéndole pobre en un desprendimiento perfecto de todas las cosas de la tierra, volviéndole cuanto había recibido de su liberalidad, y reduciéndose por su amor á una pobreza extrema. »

En cuanto su caridad la hacía partícipe de las penas de los otros, en tanto su amor á la mortificación la hacía dura para consigo misma. Con sus limosnas se despojaba por el amor de Jesucristo, y por un efecto de este mismo amor, se crucificaba con él por los rigores de la penitencia. No tenemos más que seguir á san Jerónimo.

« Después de la muerte de su marido, dice, hasta el postrer día de su vida, jamás comió con hombre alguno, por más que fuese reputado como santo ó elevado á la dignidad episcopal; jamás tomó baños no estando en extrema necesidad; jamás se sirvió del colchón, aun en las fiebres más violentas. Se acostaba sobre la tierra dura que cubría con algunos cilicios, si con todo es descansar el pasar como hacía los días y las noches en una oración casi continua.

« Sus ojos eran como una fuente de lágrimas, y lloraba sus faltas las más ligeras con tanto dolor, que se hubiese

dicho que se sentia reo de los mayores crímenes ; y como le hicieran presente que debía conservar su vista á fin de poder leer el Evangelio, respondió : « Es muy justo desfigurar un rostro que tantas veces he aderezado contra la prohibición de Dios ; es justo mortificar un cuerpo que tanto ha gozado de las delicias de la vida, es necesario que me castigue con continuas lágrimas de las alegrías y placeres á los cuales locamente me he entregado ; es necesario que cambie en un duro y áspero cilicio esos magníficos hábitos que sirvieron para lisonjear mi vanidad y mi delicadeza ; he tenido bastante cuidado en agradar al mundo y á mi marido, ahora quiero agradar á Jesucristo. »

Llevó tan lejos la práctica de la mortificación, que casi excedió los límites de la moderación. Sus ayunos eran excesivos y su trabajo continuo. Para ella era poco el privarse de los guisos, del pescado, de la leche, de la miel, de los huevos y de otras cosas semejantes que halagan la sensualidad ; apenas tomaba un poco de aceite, y aun esto sólo en los días de fiesta.

Habiendo el papa san Dámaso convocado á Roma, bajo los emperadores Graciano y Teodoro, á muchos obispos de Oriente y de Occidente para tratar de los asuntos de la Iglesia, y sobre todo para poner fin al cisma que dividía á la de Antioquía, san Paulino y san Epifanio también asistieron y condujeron con ellos á san Jerónimo. San Epifanio se hospedó en casa de santa Paula y también san Jerónimo, hasta que el Papa lo tomó para servirle de secretario. Ella proveyó también á san Paulino, aunque fuese hospedado en otra casa. Los coloquios de estos santos personajes abrasaron cada día más su corazón con los ardores de la virtud. Por una parte las frecuentes visitas que su categoría y su nacimiento le atraían se le hacían gravosas ; ella no podía sufrir los honores que le tributaban, ni las alabanzas que la daban. Por otra parte la virtud y las

poderosas palabras de estos santos prelados y de san Jerónimo redoblaban su celo, y la inspiraban el deseo de abandonar el tumulto de Roma para retirarse en alguna soledad. Aprovechó la estancia de este santo doctor para estudiar bajo su dirección la santa Escritura, y aun el hebreo á fin de entender mejor aquella. También puso á sus hijas en su escuela.

Por fin, habiendo pasado el invierno y habiendo los dos santos obispos vuelto á sus iglesias, ella los siguió en espíritu con sus votos y sus deseos, y ejecutó después el propósito que había formado de retirarse á la Palestina, para dedicarse allí del todo á la obra de su perfección. Se puede juzgar por la bondad de su corazón cuán difícil le sería el separarse de su familia, á la cual amaba tan tiernamente. « Su corazón, dice san Jerónimo, era presa de los tormentos más sensibles, y sintiéndose como lacerada por esta cruel separación, se esforzaba en sostener todo el peso de su dolor ; tanto más admirable en esto, cuanto que ella dominaba los pensamientos más tiernos y más vivos que inspira la naturaleza. »

Ella descendió al puerto acompañada de su hermano, de sus primos, de sus otros parientes, y aun de sus hijos, quienes bien hubiesen querido retenerla con las señales más sensibles que le daban de su piedad y de su ternura. Rufina, entre los otros, le manifestaba cuanto hubiera deseado que hubiese prolongado la ejecución de su propósito hasta después de sus votos, y el pequeño Toxocio, su hijo desde la orilla le tendía las manos al momento en que se desplegaban las velas y el navío empezaba á marchar ; pero la generosa Paula con su piedad dominó la ternura que tenía por sus hijos. Seguida solamente de su hija Eustoquia, que la acompañó en su viaje y jamás la dejó, levantó los ojos al cielo para ofrecerle su sacrificio, y reteniendo sus lágrimas, olvidó que fuese madre para hacer ver que era sierva de

Jesucristo y fiel á sus designios. Antes de partir dió á sus hijos cuanto poseía, desheredándose ella misma, dice san Jerónimo, á fin de asegurar la herencia del cielo ; y mientras el navío avanzaba en plena mar y los otros pasajeros miraban por el lado de la orilla, ella sola volvía los ojos temiendo ver aún de lejos las personas que le eran tan queridas ; y cuya vista no podía hacer más que vivas impresiones en su corazón. Llegó á la isla de Poncia, en donde santa Flavia Domitilia había estado desterrada durante la persecución de Domiciano, y viendo las pequeñas celdas en las cuales esta generosa virgen había sufrido un largo martirio, quedó todavía más inflamada por el deseo de ver los santos lugares donde Jesucristo había sufrido. Su ardor era tan grande, que siempre le parecía que los vientos soplaban con demasiada debilidad, y que por más diligencias que se practicasen, iban con demasiada lentitud. Habiéndose embarcado de nuevo en el mar Adriático, se rehizo un poco de las fatigas del mar en Metona, hoy *Modón*, ciudad de la Morea ; y habiendo atravesado las islas del archipiélago abordó en la isla de Chipre. Su primer cuidado fué ir á echarse á los pies de san Epifanio para recibir su bendición. Este le hizo todo el recibimiento que se merecía, y la retuvo en su compañía diez días ; ella empleó aquel tiempo, no para descansar, como creía este santo Obispo, sino en visitar los monasterios, en asistir á los solitarios según su alcances, y en otras obras buenas.

Desde Chipre pasó en pocos días á Seleucia, y de allí á Antioquía, en donde san Paulino la obligó á detenerse algunos días. Después partió de allí en medio del invierno, y fué un gran motivo de admiración ver á esta ilustre dama, que en otro tiempo en Roma se hacía llevar por sus esclavos, montada sobre un asno y dominar con el ardor de su fé el rigor de la temperatura. San Jerónimo, cuya narración seguimos fielmente, habla en particular de todos los lugares por

donde ella pasó, y cuyo nombre está indicado en la Escritura porque ninguno había que no le recórdase lo que está escrito en esos libros santos, y cuya memoria no reanimase su fé y su piedad. Así ella entró en la pequeña torre de Elías, que está en las puertas de Sarepta, donde una viuda de esta villa dió de comer á aquel profeta, y ella adoró allí al Señor. En la torre de Stratón, reedificada después por Herodes y llamada Cesárea, vió la casa de Cornelio cambiada en una Iglesia, y la habitación de Filipo con los gabinetes de sus cuatro hijas, cuya virginidad Dios había recompensado con el don de profecía. También pasó por la aldea de Arimatea, lugar del nacimiento de José que sepultó á Nuestro Señor. En fin, después de haber nutrido su piedad pasando por algunos otros lugares célebres llegó á Jerusalén.

El proconsul de Palestina, que no ignoraba su alta alcurnia, le hizo preparar un departamento en el palacio ; pero ella quiso ir á hospedarse en una pequeña casa separada que no tenía apariencia alguna. Visitó sucesivamente todos los lugares de esta ciudad notables por algún hecho de la vida del Salvador ; y esto lo hizo con tanto ardor y celo, que sólo el deseo de ver aquellos que aun no había visto podía arrancarla de aquellos en que estaba. Adoró la santa Cruz con tal fe y devoción como si hubiera visto al Salvador clavado en ella. Besó la piedra del sepulcro que el ángel removi6 cuando Jesucristo salió glorioso de la tumba, y pegó su boca sobre el lugar en donde su cuerpo había descansado, como si hubiese querido apagar su sed en las fuentes del Salvador. Por todas partes dirigía sus preces y sus votos á Jesucristo, dando grandes suspi6os de compunción y teniendo el rostro cubierto con sus lágrimas. Toda Jerusalén fué testigo de ello, quedando igualmente edificado.

Después de haber satisfecho su devoción en esta santa ciudad, se fué á Belén, y entonces fué cuando se entregó de

nuevo á los más vivos transportes de su piedad y de su amor á Jesucristo. A la vista del pesebre del Salvador, le pareció que lo veía á él mismo en su infancia envuelto en pañales, y su fé le representó también todas las circunstancias de su nacimiento y de cuanto sucedió en la noticia que los ángeles dieron de él á los pastores, y en la adoración de los Magos. Allí contempló al verbo hecho carne, á una Virgen hecha madre, y á San José prodigando todos sus cuidados á este divino Infante.

Entonces no pudiendo contener más sus lágrimas, que la alegría de que su alma estaba inundaba le hacía derramar, decía en un santo transporte: « Yo os saludo, ó Belén, *casa de pan*, en la cual nació *el pan que desciende del cielo*: Yo os saludo, Ephrata, tierra abundante y fértil, cuyo fruto es el mismo Dios. Vos sois de quien el profeta Miqueas decía en otro tiempo: *Y tú Belén, casa de Ephrata, no eres la más pequeña entre todas las principales ciudades de Judá, pues de ti saldrá aquél que debe reinar en Israel, cuya generación es desde el principio, desde la eternidad* (Mich. 5). De tí nació un príncipe, *quien fué engendrado antes que la estrella de la mañana* (Psal. 109), y quien nació de su Padre antes de todos los tiempos. »

Revocando así otros diversos pasajes de la escritura, que se refieren al nacimiento del Salvador, añadió: « ¿ Por que dichoso destino, yo que no soy más que una miserable pecadora he sido juzgada digna de besar el pesebre en donde el Salvador nació, y de orar en el establo donde una Virgen lo puso al mundo? *Es aquí el lugar de mi descanso* (Psal. 131), porque es la patria de mi Salvador; *yo estableceré aquí mi morada*, porque es el lugar que el Salvador escogió. *Yo he preparado una lámpara para mi Cristo; mi alma vivirá por él, y mi prole le servirá* (Psal. 17). »

Paula habiendo rendido así sus homenajes á los misterios de la infancia del Salvador en la gruta de Belén, con-

tinuó recorriendo los otros lugares de la Tierra Santa que le faltaba ver para contentar su piedad. Después de esto quiso hacer el viaje de Egipto para ver allí los solitarios que santificaban los desiertos con sus virtudes, y de los cuales ella había oído relatar tantas maravillas. Su hija Eustoquia le acompañaba por todas partes, y ambas con algunas otras vírgenes tuvieron el consuelo de recibir la bendición de los Macarios, de los Arcisios, de los Serapiones, y de muchos otros solitarios, quienes, según san Jerónimo, eran el sostén de la religión. Entró en sus celdas, se postró á sus piés, se representó á Jesucristo en su persona; y todas las caridades que les hizo creyó haberlas hecho al mismo Jesucristo. Bien hubiera ella deseado quedarse en estos desiertos y edificar en ellos un monasterio para ella y las vírgenes que le acompañaban: y puede que hubiera obtenido permiso para hacerlo; pero el deseo de establecerse cerca del pesebre del Salvador dominó en los adentros de su corazón el amor á la soledad.

De regreso á Belén, en donde se estableció después de sus piadosos viajes, construyó un monasterio para los hombres, cuya dirección les entregó, y tres monasterios para mujeres, ó más bien un solo y vasto monasterio en el cual formó tres comunidades con muchas hijas que había reunido de diferentes provincias, de las cuales unas eran nobles, otras de condición mediana, y las otras de una estirpe más baja. El orden y la disciplina que estableció en él eran admirables. San Jerónimo dice de ellas lo siguiente:

« Ellas trabajaban y comían por separado; pero salmodiaban y oraban en común. Después de haber cantado *Aleluya*, que era la señal para reunir las, ninguna podía quedarse en su celda, sino que aquella que era la primera en acudir ó una de las primeras, aguardaba á las otras y las excitaba al trabajo, no con el temor, sino con su ejemplo y por la vergüenza que hubiera experimentado sino la hu-